

#### CAPITULO IV.

##### JAQUE MATE.

##### I.

La tormenta política seguía desencadenada como el huracán. La Audiencia y el virey estaban frente por frente, y aquella lucha debía tener un resultado funesto.

Los abogados Verdad y Azcárate, fray Melchor de Talaman-tes, el abad de Guadalupe Francisco Cisneros, y otra multitud de amigos de Iturrigaray, conspiraban contra las decisiones de las Juntas de España y de los oidores.

Todos aconsejaban al virey la formación del *gobierno provisio-nal*, desconociendo á los avaros del poder.

Iturrigaray estaba en un período de crisis superior á sus fuer-zas, y se dejaba arrastrar por las olas de aquel mar embra-vecido.

El 9 de Setiembre se reunieron en el palacio los principales personajes de la corte y los comisionados de Sevilla, para tra-tar las altas cuestiones de la política.

Los partidarios de la Audiencia iban resueltos á promover un disturbio, y los del virey á contemporizar en cuanto pudieran.

Iturrigaray, cuyo pensamiento era el de la formación de un nuevo gobierno, hizo que el secretario leyese las comunicacio-nes de la Junta de Oviedo, de Asturias y de Sevilla.

Los comisionados se encontraban de pronto en una mala si-tuación.

—Señores, dijo Iturrigaray, se ha verificado lo que anuncié á usías; la España está en anarquía, todas son *juntas supremas*, y así á ninguna se debe obedecer.

El brigadier de marina, don Juan Jabat, tomó indignado la palabra.

—Señores, dijo, nosotros representamos aquí á la *de* Sevilla, cuya autoridad no puede desconocerse, sino por aquellos cuyas miras son ya bastante conocidas, y tienden á suplantarse----

Iturrigaray interrumpió á Javat diciendo con voz trémula por la rabia:

—Se os ha permitido la concurrencia á esta junta por un ex-ceso de bondad; pero vos, señor brigadier, no teneis derecho de usar de la palabra, ni menos para lanzar calumnias á las auto-ridades supremas de este país.

—Señor, exclamó Jáuregui, reflexionad que no somos sim-ples particulares, sino comisionados de la autoridad que asume la del rey.

—Escribid, señor secretario, dijo el virey.

El secretario tomó la pluma.

“Los comisionados de la Junta de Sevilla, saldrán inmedia-tamente de América, en el mismo buque que los ha conducido, y dirán á las personas que los envían: que el representante de S. M. en América, no acata mas autoridad que la del rey.”

El brigadier y su compañero dejaron el salon de sesiones, jurando la pérdida de Iturrigaray.

Los oidores no perdieron la moral con este golpe súbito que hubiera pesado en el ánimo del mas iluso, y Bataller, tomando una entonación humilde, dijo:

—Señores, la resolución que hoy se toma va á influir de una manera poderosa en el sistema que hasta hoy ha regido á la colonia, y traerá acaso consecuencias que en estos momentos ni se preveen; yo desearia saber de dónde viene la autoridad para crear esta junta ni hasta qué punto sus determinaciones sean válidas y deban obedecerse, y si sus votos son decisivos ó consultivos.

El fiscal Borbon algo asustado, respondió que Iturrigaray era el lugar-teniente del rey y estaba en su derecho con arreglo á las leyes para convocar la junta.

Esta evolucion del fiscal le fué al virey altamente sospechosa, así es que le contestó con muestras de desden:

—Bien, bien, si yo soy el lugar-teniente de S. M., ocupen usías el lugar que les corresponde y no hay que extrañar si en alguno ó algunos tomo providencias.

Esta amenaza era la que esperaban los oidores; guardaron silencio y aparentaron oír con recogimiento el discurso del licenciado Verdad, en que repitió sus ideas sobre la soberanía del pueblo, y su derecho de reunirse conforme á la prescripcion de las leyes en los casos de conflicto y resolver por sí las dificultades.

Aguirre no pudo contenerse, y suavizando lo mas que pudo su acento, dijo:

—Señor licenciado Verdad, me permitirá V. S. hacerle una ligera observacion: la ley recopilada manda, que en los negocios árdusos, en que se necesite de los vasallos del rey, se junten las cortes y se tenga consejo de los tres Estados, segun lo hicieron los reyes antecesores; pero á S. E. le falta la calidad de la *soberanía* tan indispensable en este caso, por tanto, le negamos, protestando nuestra sumision, el derecho que cree tener en este negocio

Alzóse Iturrigaray, y con la exaltacion propia de su carácter contestó al oidor:

—No pongamos ya en tela de discusion los hechos consuma-

dos; desde el 1º de Setiembre he expedido mis circulares á los ayuntamientos para que nombren persona que los represente en la junta que debe instalarse para formar el gobierno de México.

Viéronse entre sí los oidores, aquella noticia cayó entre ellos como un rayo.

Terminóse la sesion, ya no tenia objeto, la Audiencia estaba perdida y los comisionados de todas las juntas desechados.

Una era nueva se preparaba para el país, iba á establecerse un gobierno bajo las bases democráticas, sin sospecharse por Iturrigaray, que los hombres que le ayudaban en su golpe de Estado, iban hasta la *independencia*.

## II.

Doce años hacia que la condesa del Milagro se hallaba establecida en la corte de México; pero la noble señora sufría una metamorfosis completa; habia abandonado las fiestas y diversiones para seguir en una vida ejemplar, dedicada á la contemplacion y el recogimiento.

Se la veía al sonar el toque de *Ave María* dirigirse á la iglesia, esconderse entre la oscuridad de las naves, y rezar con un fervor que paraba en llantos y sollozos.

Despues de cuatro horas de rezo, montaba en su coche, llegaba á su casa, donde la esperaban multitud de pobres á quienes repartía limosnas.

En las tardes recibia á varios sacerdotes, y en las noches rezaba en su oratorio rodeada de su servidumbre.

El 5 de Setiembre en la noche, se encontraba doña María hablando con los oidores Bataller y Aguirre en su tertulia nocturna.

—Ya es un negocio arreglado, señora; ese rey de baraja caerá en nuestras manos, ya no es posible sufrirle por mas tiempo.

- Estais terrible esta noche, señor oidor.
- Es que ese miserable se ha permitido amenazarnos, y ya he descubierto su plan.
- Decidlo, señor oidor.
- Se piensa nada ménos que en nuestra destitucion.
- Nuestra? preguntó Aguirre.
- Sí, señor compañero, *nuestra*, se trata de sustituirnos con los corifeos de Iturrigaray, es decir, con los abogados Verdad y Azcárate.
- Eso es alarmante; pero afortunadamente no podrá tener lugar á no ser en estos días, lo cual nos tiene sin cuidado.
- Contadme, señores.
- Ya lo vais á oír como nuestra confidente; hemos interceptado los correos que iban en pos de las fuerzas del virey, y comprado ó seducido á un bravo oficial de artillería llamado Luis Granados, que será el alma de este negocio.
- Y don Gabriel Yermo?
- Ese cumplirá con lo que nos tiene ofrecido, su gente estará muy en breve en la ciudad, ya han comenzado á entrar por diferentes rumbos para no dar sospechas á los partidarios del *traidor*.
- De suerte, dijo la condesa, que cuando ménos se espere tendremos un gran acontecimiento.
- Sí, señora condesa, nos apoderaremos de todos, absolutamente de todos, incluso ese fraile excomulgado, fray Melchor de Talamantes.
- Nadie conoce mejor que yo á Talamantes, dijo Aguirre; no solo apoya á Iturrigaray, sino que tiene el plan de derribarle á su vez, para combinaciones que no he podido descubrir.
- Hay una ocurrencia graciosísima, señora condesa, y habla muy alto á los lazos de parentesco.
- Contad, señor oidor.
- La Junta de Sevilla ha comisionado al hermano de la

- vireina, sí, condesa, al mismo hermano, para que aprehenda á su cuñado.
- Dios mio!
- Como lo oís, él se ha prestado á ese plan, y no hay remedio, será el ejecutor.
- Y el brigadier?
- Ese hombre es mas temible de lo que se cree, nos ha propuesto, y hemos aceptado, que él se hará cargo de las armas la noche en que aprehendamos á Iturrigaray.
- Desconfiais de Granados?
- No, pero podria faltarnos en un momento dado y es necesario macizar el golpe.
- Y para cuándo lo preparais?
- Para la noche del 15.
- Perfectamente.
- Todas las avenidas están tomadas.
- Y á qué persona quereis colocar en la silla?
- A un viejo temblon y desgraciado que vos conoceis perfectamente; no será sino sombra de poder, y la Audiencia gobernará á su antojo.
- Cómo se llama ese viejo temblon, como vos decís?
- Escojed entre nuestros personajes al mas incapaz, al mas nulo, y ese es precisamente nuestro candidato.
- Estais de broma, señor Bataller.
- No es broma, es la verdad, aunque hay verdades que parecen bromas.
- No atino, señores oidores.
- Es un mariscal de campo.
- Vamos, ya caigo, es el señor don Pedro Garibay; pero estoy muy lejos de considerarle como una nulidad; por el contrario, veo al hombre de la administracion y de las simpatías.
- Precisamente esa es la razon por la cual lo subiremos al poder, verá en nosotros á unos protectores, y el pueblo un testimonio de sinceridad ¿no es cierto?

—El señor oidor es un gran conspirador.

—Señora condesa, me parece demasiado.

—Os hago justicia y nada mas.

—Nada tengo que recomendaros, señor Bataller, sino la prudencia, porque esta es una cuestion, que donde se pierda el equilibrio----

—Sí, puede costar la cabeza; nosotros los conspiradores, dijo con énfasis, sabemos todo lo que se arriesga y estamos resueltos á todo.

—Me parece, señor, que estais de broma.

—Nada de eso, señora, contestó Aguirre; en vuestra presencia no podemos dar el tono que verdaderamente tiene este asunto; pero os juro que es verdad cuanto hemos tenido el honor de deciros.

—Pero no hallareis dificultades en la realizacion de este plan?

—En un país, señora condesa, en que no se acata voluntad alguna, en que se reconoce el imperio de los hechos y solo se invoca el nombre del rey por fórmula, no hay que extrañar nada. En México hay tres entidades; la Inquisicion, el virey y la Audiencia. Tres poderes incombinables y cuya existencia es incompatible; media el mar entre el rey y los tribunales de América; aquí todo lo hollamos, lo vejamos, lo desconocemos, el mas audaz asalta el primer puesto, y los ministros se conforman con recibir su parte en el botín.

—Y las leyes, señor oidor?

—Palabras escritas sobre un papel frágil, bellas teorías para conservar ante el mundo el prestigio de nuestros reyes; pero burla sangrienta para estos imbéciles de conquistados---- cuando yo veo esa Recopilacion de Indias, esas disposiciones favorables á los indígenas, esos pergaminos en que se consignan los derechos nunca ejercidos, me río, señora condesa, porque los pueblos son el juguete miserable de las ambiciones---- hay en el corazon humano algo que se levanta de grande y domi-

nador, que nos impele á sobreponernos á la multitud; entonces el hombre se hace un sér superior y marcha á su destino por la primera senda que halla á su paso sin detenerse en obstáculos; todo lo arrostra, todo lo abarca, todo lo destruye como se opongá á sus intenciones; he ahí el principio del crimen; una vez aceptado, la sangre es un lago trasparente, la existencia del hombre una sombra, los ayes de la humanidad un eco de armonía!----

—Me horrorizais, señor Bataller.

—Y sin embargo, os digo la verdad, la verdad entera.

—Y vos sois de esos hombres?

—No me lo preguntéis, condesa, porque puedo responderos afirmativamente; el círculo que me rodea me impulsa y yo obedezco á mi destino; hay un hombre que quiere arrojarnos desde la pendiente cuando ya escalamos la cumbre del poder, y---- es necesario derribarlo---- minar el pedestal---- matarlo si es preciso!----

La voz del oidor se hizo lúgubre, sus ojos resplandecian con un fulgor del infierno.

—Señor de Bataller, dijo Martiñena, os encontráis mal, retirémonos que aun hay mucho en que pensar.

—Perdonad, señora condesa, mi exaltacion, pero este señor virey me tiene ofendido, sumamente ofendido.

—Señora condesa, dijo Martiñena, rogad á Dios que nos saque bien de esta aventura.

Doña María inclinó la cabeza, y aquellos hombres siniestros abandonaron la casa de la condesa del Milagro.

### III.

Luego que el oidor y su compañero dejaron á doña María, esta se dirigió á su oratorio, donde la esperaba fray Melchor de Talamantes.

—Habeis concluido, señora?

—Se han ido ya.

—Os tengo prohibido que recibais á los agitadores.

—Procuro, reverendo padre, no entrar en conversacion alguna con ellos, aunque sus visitas me proporcionan la oportunidad de hacer bien cuando sé que alguna persona se halla en peligro.

—Bien, señora, pero temo que vuelvan á despertar en vuestro corazon esos sentimientos que os han sido tan fatales.

—No receleis, padre mio, he sufrido en mi alma el azote del remordimiento, esa tormenta que oscurece mis postreros dias, y solo anhelo el descanso siquier sea el de la muerte.

Doña María se echó á llorar amargamente.

—Sosegaos, señora.

—No puedo olvidar aquellas imágenes sombrías, me parece ver á los verdugos apoderarse de aquel hombre, calzarle el *borceguí*, ¡terrible aparato!.... despues oigo aquel grito, aquel grito espantoso que aun resuena en mi alma con un eco aterrador.... veo al hermano del inquisidor, á ese hombre que fué la ilusion mas ardiente de mi vida, pálido y demudado entregarse á la tortura.... en aquellos momentos hubiera dado mi existencia por librarlo de aquella angustia espantosa....

Doña María se mesó los cabellos en un arranque de desesperacion.

—He ahí, exclamó fray Melchor de Talamantes, he ahí la cólera del cielo, la justicia de Dios!.... habeis causado muchos males, habeis perseguido á un hombre hasta verle en el tormento, y cuando los dias se han sucedido, como las olas en el mar agitado de la vida, entonces, la hiel de los recuerdos, la ponzoña de esas memorias viene en la metamórfosis de la expiacion á roeros las entrañas.... ¡qué teneis delante?.... sangre.... horrores.... remordimientos!....

—Es verdad!.... es verdad!.... exclamaba la infeliz gitana.

—Vuestro dolor, continuó fray Melchor de Talamantes, ha sobrevivido al tiempo y á la edad.... el invierno de la exis-

tencia ha tendido sus hilos de plata en vuestra cabeza, vuestras megillas llevan el surco de las lágrimas, vuestra vida está en el último declive, y la imagen vive, vive en vuestro corazon y parece acompañaros hasta el sepulcro!

—Y acabará por hundirme en el abismo de la desesperacion.

—Aun guarda Dios en vuestro corazon el tesoro de las lágrimas, vertedlas, refrescad con ellas el árbol decaído de la fe, sufrid, aceptad la angustia como la redencion de vuestras faltas, y esperad.... esperad.... porque Dios llega á nosotros cuando lo invocamos en el naufragio de la vida!

Doña María se hundió en el silencio de su desventura.

El padre Talamantes se levantó para despedirse; pero la gitana le detuvo.

—Me falta deciros aún una palabra que atañe á vos y nuestros amigos.

—Hablad, señora.

—La Audiencia conspira sin cesar, y está resuelta á apoderarse del virey y de vosotros.

El padre Talamantes oyó con tranquilidad á doña María.

—Hace un momento, continuó la duquesa, ese oidor Bataller ha tenido un arranque verdaderamente terrible, arranque sangriento que me ha asustado.

—Miserias de los hombres! murmuró fray Melchor.

—Es un negocio absolutamente resuelto, avisad á Iturrigaray.

—Señora, si el virey supiese por mis labios esa trama abominable, las cabezas de esos miserables caerian irremisiblemente; y creéis vos, señora, que la voz de un sacerdote deba ser la señal de la matanza?.... Sé la tempestad de odios y resentimientos que nos amenazan; sé que debe estallar próximamente, y sin embargo estoy perfectamente tranquilo; porque el destino del hombre es invariable y no está en el arbitrio de la criatura el contrariarle.

—Es que vuestra existencia está en gran peligro.

—Desde que nacemos vamos á la muerte, ella tiene de salir á nuestro encuentro, esperémosla, que ella sabe bien cuando se acerca.

—Padre Talamantes, vos no conocéis á vuestros enemigos.

—Conozco al corazón humano y me basta.

—Ved que han interceptado los correos que iban en demanda de las tropas.

El padre Talamantes se quedó pensativo, pero luego dijo á pocos momentos:

—No importa, Dios dirá!

—Es que hay entre los soldados, traidores que entregan al virey y sus partidarios.

—Puede ser, S. E. ha convocado ya á las personas que deben formar la junta que debe resolver tanta dificultad.

—La Audiencia se opondrá á la instalacion.

—Veremos.

—Señor, yo que os venero, que os amo por vuestras grandes virtudes, porque habeis vertido con vuestras palabras y consejos un bálsamo en mi corazón, os aconsejo en nombre del cielo que os cuideis.---- vos ignorais de cuanto son capaces esos hombres, no os perdonarán nunca el haber hablado con la verdad y rectitud que acostumbrais en todos vuestros asuntos; creedme, os aborrecen y están animados del espíritu mas horrible de venganza.

Fray Melchor de Talamantes señaló con su diestra al cielo, y calándose la capucha de su hábito, salió de la estancia de la condesa.

—Yo lo salvaré, gritó la gitana, y salvaré á cuantos amenaza el azote de la perfidia; esos hombres no me conocen, fuí terrible para el mal, lo seré para el bien; he conspirado contra la humanidad, me pondré de parte de ella; le vuelvo el rostro al crimen y me hallo decidida á luchar en pro de la virtud.---- ¡la denuncia!---- sí, es terrible, pero no queda otro arbitrio.

Agitó la campanilla y se presentó una camarera.

—El coche! dijo la gitana disimulando su turbación.

La camarera salió inmediatamente, mientras doña María se envolvió en su manto, y sin aguardar á que le diesen aviso bajó precipitadamente las escaleras y se entró en su carruaje.

—A palacio! gritó al conductor, y salió á escape rumbo á la plaza central.